



[https://www.mensajesmusicalesevangelicos.com/el\\_eco\\_de\\_un\\_pulpito.htm](https://www.mensajesmusicalesevangelicos.com/el_eco_de_un_pulpito.htm)



La noche previa a Su crucifixión, Jesús prometió a Sus apóstoles, y a quienes hemos creído en Él por medio del testimonio de ellos según Juan 17:20, que iría a prepararnos un hogar eterno. También prometió volver para resucitarnos y darnos un cuerpo glorioso e incorruptible, en el cual viviremos con Él en el cielo y le serviremos. Por ello, el más grande evento que estamos esperando es el arrebatamiento o raptó de la Iglesia, el cual es inminente, es decir, puede ocurrir en cualquier momento.

Juan 14:1-3. “No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me voy y os preparo lugar, vendré otra vez y os tomaré a mí mismo, para que donde yo esté, vosotros también estéis.”

II Cor. 5:1. “Sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshace, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha por manos, eterna, en los cielos.”

II Cor. 5:6. “Así que *vivimos confiados* siempre, y sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor.”

II Cor. 5:8. “Pero *estamos confiados*, y más aún queremos estar ausentes del cuerpo y presentes al Señor.”

(Las siguientes citas marcadas LTT, son del libro “WHAT THE BIBLE SAYS ABOUT

HEAVEN, THE BELIEVER'S ETERNAL HOME” (“Qué dice la Biblia acerca del Cielo,

el Hogar Eterno del Creyente,” por Louis T. Talbot, -traducción de Carlos Marroquín Vélez)

LTT. “La triple afirmación de Pablo: “Sabemos”, “vivimos confiados” y “estamos confiados”, es la respuesta del Espíritu Santo a los que sostienen que cualquier cosa que pueda decirse acerca del hogar celestial del creyente es todo una ociosa especulación y el producto de la imaginación. Hay ciertos hechos que nosotros, como creyentes en la Palabra escrita y viviente, podemos *saber* más allá de toda sombra de duda.”

II Cor. 12:2-4. “Conozco a un hombre en Cristo que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y conozco al tal hombre (si en el cuerpo, o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe), que fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar.”

Al aparecerse con toda su gloria a Juan para revelarle el Apocalipsis, Jesucristo le recuerda que Él venció a la muerte, que tiene el control de todo y nos resucitará para llevarnos con Él y hacernos reyes y sacerdotes suyos durante Su Reino Milenial en la tierra.

Apoc. 1:18. “No temas. Yo soy el primero y el último, el que vive. Estuve muerto, pero vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades.”

Dios restaurará considerablemente este presente mundo en el cual se instaurará el Reino Milenio de Jesucristo. Sin embargo, al final de Su reinado, este planeta habrá de ser destruido, de acuerdo con II Pe. 3:10, para dar lugar a una nueva creación.

Apoc. 21:1-4. “Entonces vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían pasado y el mar ya no existía más. Y yo, Juan, vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de parte de Dios, ataviada como una esposa hermoseedada para su esposo. Y oí una gran voz del cielo, que decía: ‘El tabernáculo de Dios está ahora con los hombres. Él morará con ellos, ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto ni clamor ni dolor, porque las primeras cosas ya pasaron.’ ”

Apoc. 21:10-27. “Me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto y me mostró la gran ciudad, la santa Jerusalén, que descendía del cielo de parte de Dios. Tenía la gloria de Dios y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como el cristal. Tenía un muro grande y alto, con doce puertas, y en las puertas doce ángeles, y nombres inscritos, que son los de las doce tribus de los hijos de Israel. Tres puertas al oriente, tres puertas al norte, tres puertas al sur, tres puertas al occidente. El muro de la ciudad tenía doce cimientos y sobre ellos los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero.

El que hablaba conmigo tenía una caña de medir, de oro, para medir la ciudad, sus puertas y su muro. La ciudad se halla establecida como un cuadrado: su longitud es igual a su anchura. Con la caña midió la ciudad: doce mil estadios. La longitud, la altura y la anchura de ella son iguales. Y midió su muro: ciento cuarenta y cuatro codos, según medida de hombre, la cual era la del ángel. El material de su muro era de jaspe, pero la ciudad era de oro puro, semejante al vidrio limpio. Los cimientos del muro de la ciudad estaban adornados con toda clase de piedras preciosas. El primer cimiento era de jaspe, el segundo de zafiro, el tercero de ágata, el cuarto de esmeralda, el quinto de ónice, el sexto de cornalina, el séptimo de crisólito, el octavo de berilo, el noveno de topacio, el décimo de crisopraso, el undécimo de jacinto y el duodécimo de amatista. Las doce puertas eran doce perlas; cada una de las puertas era una perla. Y la calle de la ciudad era de oro puro, como vidrio transparente.

En ella no vi templo, porque el Señor Dios Todopoderoso es su templo, y el Cordero. La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brille en ella, porque la gloria de Dios la ilumina y el Cordero es su lumbrera. Las naciones que hayan sido salvas andarán a la luz de ella y los reyes de la tierra traerán su gloria y su honor a ella. Sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche. Llevarán a ella la gloria y el honor de las naciones. No entrará en ella ninguna cosa impura o que haga abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero.”

LTT. “Esta maravillosa ciudad será el hogar eterno de todos los que han confiado en el Señor Jesucristo. Es donde Dios manifestará Su presencia, donde Cristo habitará en Su cuerpo resucitado. Será, además, reconocida como la capital del universo de Dios. Y, ¡oh qué insondable vastedad la de este universo!”

“Las Escrituras hablan de tres cielos, y el contexto de cada pasaje determina cuál está en la mente del escritor.

Primeramente está el cielo atmosférico, donde vuelan los pájaros, soplan los vientos y se forma la lluvia. Satanás, el príncipe de del poder del aire, vive en algún lugar de esta área.

Luego tenemos el segundo, o sea el cielo planetario donde el sol, la luna y las estrellas se encuentran. Son éstos los cielos que “declaran la gloria de Dios,” como afirma el salmista.

Y por último, tenemos el cielo de los cielos, el tercer cielo, la residencia de Dios y el lugar donde moran los ángeles y los redimidos. Esta sagrada habitación de luz y gozo es “la residencia de Su santidad, el lugar donde habita Su honor.” Es diferente de las otras dos localidades porque está totalmente separada de las impurezas y las imperfecciones, las alteraciones y cambios de los niveles inferiores.

Finalmente los redimidos de todas los tiempos, por la gracia de Dios, tendrán su hogar en Su santa presencia. Los santos del Antiguo Testamento estarán allí. Antes de la muerte de Cristo en el Calvario, los espíritus de los justos que morían iban al *Paraíso*, que era una división del “lugar de los espíritus que habían

partido.” El *hades* o *infierno* era la otra sección. Aunque algunas veces la palabra *hades* se usaba livianamente para referirse a ambas secciones, como en el Salmo 16:10 y Hch. 2:27.

El *paraíso* en tiempos del Antiguo Testamento, no era lo mismo que el cielo, aunque lo ha sido desde la resurrección y ascensión de Jesucristo. Cuando el Señor Jesús murió en el calvario, Su cuerpo descansó en la tumba nueva de José de Arimatea por tres días, mientras Su Espíritu fue a donde descansaban los salvos que habían muerto desde los días de Adán hasta la muerte de Cristo. Por medio de Su muerte, Cristo abrió el camino para que los creyentes entraran al cielo, el lugar donde habita Dios. Y por ello, Él hizo posible que los redimidos del los días del Antiguo Testamento que se hallaban en el paraíso, un lugar de espera, ascendieran con Él hasta la presencia del Padre. Ya que *todos* los creyentes se identifican con Cristo por la fe, y ya que la muerte no podía en ninguna manera retenerlo, se concluye que cada creyente –ya sea que haya vivido antes del calvario o después de él- tiene asegurada su residencia eterna en la presencia del Salvador.”

Sabemos mucho del cielo por lo que se dice que hay allí. Juan nos da una lista de “ya no más”. El cielo está hecho de la ausencia de muchos elementos que caracterizan nuestra vida en la tierra. Allí no habrá más: “clamor, dolor, noche, tristeza, maldición, llanto, ni muerte.” Viendo que todas las anteriores adversidades no pueden entrar en ese santo lugar para echar a perder el gozo del Paraíso, cada creyente anhela estar allí.”

LTT. “El cielo es un lugar de inexplicable belleza. Se le llama un lugar de “muchas mansiones”, “un edificio de Dios, una casa no hecha con manos”, “una ciudad”, “un mejor país”, “una herencia”, “gloria”. Nuestro Dios es un Dios de belleza. Este mundo debe haber sido muy bello cuando acababa de salir de las manos de Dios. Aunque el pecado ha venido y traído caos y la angustia de la muerte a todas las cosas, aún permanece alguna evidencia de su gloria original. Pero la Nueva Jerusalén nunca conocerá el pecado y sus frutos. Será perfecta en forma y esplendor. A Juan se le concedió dar un vistazo de ella un día desde la isla solitaria de Patmos, y él trató de describir lo que vio. Pero ningunas palabras humanas podrían detallar la magnificencia que él contempló.”

“El cielo es un lugar de compañerismo de todos los redimidos de todos los tiempos. Dios sin duda tiene infinitas sorpresas reservadas para nosotros. Pablo dice: “Antes bien, como está escrito: ‘Cosas que ojo no vio ni oído oyó ni han subido al corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que lo aman.’ Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu.” 1 Cor. 2:9-10. Piense en estar junto a Pedro y Juan. Piense en estar sentado con estos testigos de sucesos estupendos y tenerlos allí contándonos acerca de la transfiguración, la resurrección y la ascensión. Imagínese conversar con Pablo y Silas; con María, la madre de nuestro Señor; con Elías y Daniel, con Abel el primer mártir. Conoceremos a los reformadores, Juan Huss, Martín Lutero, John Wycliffe y otros... ..veremos a Gabriel y a Miguel. Contemplaremos a una miríada de ángeles. Nuestros amados parientes estarán allí –los que murieron confiando en la obra terminada en el Calvario... ..Pero, sobre todo, veremos al Señor Jesucristo, porque la Palabra de Dios nos asegura que “veremos Su

rostro.” Vamos a estar “por siempre con el Señor.” El cielo no sería el cielo sin Él.”

“El cielo es un lugar de felices reencuentros. El Apóstol Pablo consoló a los tesalonicenses quienes estaban apesarados por la muerte de sus seres queridos, diciéndoles: “Luego nosotros, los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor.” ¡Cuán vívidamente recordamos la ocasión cuando el servicio funerario vino para llevar el cuerpo de uno de nuestros seres queridos! No reuniremos con ese ser querido de nuevo, **si él o ella murieron en Cristo.**

FUENTE. CARLOS MARROQUIN

**Que Dios  
Te Bendiga**

Mensajes Musicales Evangélicos